

DIMENSIÓN MARIANA DE LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS ÁLVARO DEL PORTILLO

MONS. JOAQUÍN ALONSO

PALABRAS CLAVE: Vida cristiana, Santa María, Álvaro del Portillo.

RESUMEN: La dimensión mariana de la vida cristiana tiene sus raíces en nuestra adopción filial en Jesucristo. Los cristianos, al ser adoptados como hijos de Dios en Cristo, somos hechos también hijos de Santa María. Esta realidad gozosa ha de expresarse tanto en la devoción a la Madre de Dios, como en el esfuerzo por identificarnos con María. El autor describe en estas páginas algunas manifestaciones de la devoción mariana del Siervo de Dios Álvaro del Portillo, centrándose en los años que estuvo al frente del Opus Dei. Mons. Álvaro del Portillo, que fue un hijo muy fiel de san Josemaría, recibió de este santo “mariano” una gran ayuda para que su vida tuviera una sólida dimensión mariana, de modo que la devoción a la Virgen que había recibido en el hogar de sus padres se fue haciendo cada vez más plena y entrañable. El autor, que vivió muy unido a Mons. del Portillo durante sus años de Prelado del Opus Dei, describe con vivacidad y cariño algunos rasgos de la dimensión mariana de su vida espiritual en los años de madurez. Estas páginas resultan así un valiosísimo testimonio.

THE MARIAN DIMENSION OF THE LIFE OF THE SERVANT OF GOD, ÁLVARO DEL PORTILLO

KEY WORDS: *Christian life, Mary, Álvaro del Portillo.*

SUMMARY: *The Marian dimension of the Christian life has its roots in our adoption as children in Jesus Christ. We Christians, on adoption as children of God in Christ, also become children of Mary. This joyful reality should be expressed both in our devotion to the Mother of God and by striving to identify ourselves with Mary. The author describes in these pages some examples of the Marian devotions of the Servant of God. It concentrates on the period when he headed Opus Dei. Mons. Álvaro del Portillo, who was an extraordinarily faithful son of St. Josemaría, received considerable guidance from this “Marian” saint so that his life had a profound Marian dimension such that the devotion to the Virgin that he had learned at home from his parents went on to become ever more complete and affectionate. The author, who lived very united to Mons. del Portillo during his time as Prelate of Opus Dei, provides us with a lively and loving description of some of aspects of the Marian dimension of his spiritual life during his mature years. These pages thus become a most valuable testimony.*

En el artículo que el profesor Lucas F. Mateo-Seco publicó en esta Revista¹ sobre “La devoción a Santa María en los escritos de monseñor Álvaro del Portillo” se encuentra este texto del Siervo de Dios: “Las palabras del Señor agonizante en la Cruz nos descubren una dimensión esencial de la vida cristiana “ahí tienes a tu Madre” (*Jn* 19, 27). Es, con expresión de Juan Pablo II, “la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano” (Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 45)”².

Los cristianos, al ser adoptados como hijos de Dios en Jesucristo –Hijo de Dios vivo e Hijo de María–, resultamos también hijos de su Madre. La dimensión mariana de la vida cristiana tiene sus raíces en nuestra adopción filial en Jesucristo.

Esta realidad gozosa ha de expresarse tanto en devoción a la Madre de Dios, como en esfuerzo por identificarse con María: Cristo espera que acojamos a su Madre “en nuestra casa”, como hizo Juan desde el momento en que el Señor se la confió en la Cruz (cfr. *Jn* 19 27). Con palabras de Juan Pablo II, “entregándonos filialmente a María, el cristiano, como el Apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano”³.

Siguiendo a la Virgen, nuestra vida alcanzará una auténtica *devotio*, tal como la define Santo Tomás de Aquino: “una voluntad propia de entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios”⁴, que fue la voluntad de Santa María y es la voluntad que hemos de asumir como hijos suyos.

En estas páginas expondré algunas manifestaciones de la devoción mariana de don Álvaro, limitándome a sus años al frente del Opus Dei, como sucesor del fundador, san Josemaría.

1. *Scripta de Maria*. Serie II, n. 2, 2005, p. 91.

2. Á. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, en L. F. MATEO-SECO (ed.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona 1990, p. 997.

3. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 45.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 82, a.1.

Como es bien sabido, monseñor Álvaro del Portillo fue un hijo muy fiel de san Josemaría. Recibió de este santo “mariano” –que consideraba que todos los pasos del Opus Dei habían ido precedidos, acompañados y seguidos por nuestra Santísima Madre– la gran ayuda para que su vida tuviera una sólida dimensión mariana.

Además, tuvo la gracia de recibir en su familia un amor grande a la Virgen. Es significativo un detalle sencillo, pero profundamente piadoso, que don Álvaro practicó hasta el final de sus días en la tierra. Cuando era pequeño, su madre le había enseñado unos versos marianos, que repitió a lo largo de toda su vida: “Dulce Madre, no te alejes // tu vida de mí no apartes // ven conmigo a todas partes // y sólo nunca me dejes. // Ya que me proteges tanto // como verdadera Madre // haz que me bendiga el Padre // el Hijo y el Espíritu Santo”.

La vida de María entró en la vida de don Álvaro desde su infancia, y creció y maduró hasta alcanzar la solidez que han comprobado quienes le han conocido y tratado. La llamada (1935, cuando tenía veintiún años) a identificarse plenamente con Jesucristo en el Opus Dei –el camino de santificación en medio del mundo que Dios quiso abrir a través de san Josemaría– iría íntimamente ligada a asumir la maternidad de María como la gran ayuda “*ut ad montem, qui Christus est, pervenire valeamus*”, para alcanzar el monte que es Cristo. Allí llegaría, como Juan, de la mano de María.

He aquí la esclava del Señor (Lc 1, 37): la fe de María

“Al anuncio de que Ella dará a luz al “Hijo del Altísimo” sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo, María respondió por “la obediencia de la fe” (Rm 1, 5), segura de que “nada hay imposible para Dios”: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 37-38)”⁶.

¿Cómo respondía don Álvaro a las llamadas de Dios? Quien lo ha conocido ha visto en monseñor del Portillo un ejemplo de obediencia de la

5. *Colecta* de la Misa de Nuestra Señora del Carmen.

6. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 494.

fe. Su brillante carrera profesional, su rica personalidad humana, estarán siempre al servicio de cuanto Jesucristo le fuera pidiendo. Su disponibilidad fue total, ligada y apoyada en la “obediencia de la fe” de la Esclava del Señor.

Especialmente a lo largo de su período como prelado del Opus Dei, don Álvaro solía repetir, como un afán propio que deseaba suscitar en sus hijas e hijos del Opus Dei, que hemos de meter a la Santísima Virgen en todo y para todo.

La vida de don Álvaro era cristocéntrica y esencialmente eucarística; y, a la vez, profundamente mariana. He visto al siervo de Dios trabajar tanto en cuestiones muy importantes para el servicio de la Iglesia como en su quehacer cotidiano, no sólo impregnado de una fervorosa devoción a la Santísima Virgen sino también de un estrecho lazo de unión con el modo de entregarse de la Esclava del Señor: la firme obediencia de su fe, su convicción de ser siervo del Señor y estar llamado a servir. En María encontró el ejemplo y la ayuda para identificarse con Jesucristo, en el cumplimiento de sus deberes de Buen pastor al servicio de la Iglesia. De aquí que quienes le hemos conocido y tratado nos sintiéramos edificados por su profunda humildad y por la firmeza de su fe, manifestadas en la serenidad y paz que contagiaba continuamente.

Un detalle de esta humildad mariana sucedió en el año 1939, cuando don Álvaro estaba terminando su servicio militar. San Josemaría, ya en aquellas fechas, solía llamar a este hijo suyo *Saxum*. Roca: por la fuerte fidelidad con la que estaba siempre disponible para servir a los demás en los encargos que le encomendaba. En una breve carta (Olot, 12 de julio 1939), escribía don Álvaro al fundador: “Yo aspiro a que, a pesar de todo, pueda Vd. tener confianza en el que más que roca, es barro sin consistencia alguna. ¡Pero qué bueno es el Señor!”. Quien estaba convencido de ser “barro sin consistencia” será el sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei en 1975 y un fiel servidor de la Iglesia hasta el final de su vida.

Precisamente el mismo día de su elección (15 de septiembre de 1975), bajó a la Cripta donde estaba enterrado san Josemaría y dijo estas palabras:

7. AGP, Sec. B.1.3, Carta del 12-VII-1939.

“Donde hay patrón no manda marinero. Y el patrón está aquí abajo. Pedidle que sea él el que dirija la Obra desde el Cielo, y sus sucesores seamos sólo instrumentos y nada más. Si el Padre, que era un santo, pedía que rezáramos por él, figuraos lo que tendréis que rezar por mí. Tendréis más obligación, si cabe, porque a mí sí que me hacen falta las oraciones de todos”⁸.

Con esta humildad, propia de quien vive bien metido en el Corazón de María Santísima, emprenderá el siervo de Dios su labor pastoral. En la primera carta que escribió a los fieles del Opus Dei, el mismo mes de septiembre de 1975, leemos: “Desde que el Cielo y vosotros me habéis confiado este dulce peso divino, mi oración constante, acudiendo a la intercesión de Santa María –nuestra Madre bendita, en cuyos amorosos brazos os pongo, y me pongo–, con toda la devoción y confianza de que soy capaz, de San José y de nuestro Fundador, es rogar a Dios que yo haga siempre en la tierra lo que haría nuestro Padre y como él lo haría”⁹.

A lo largo de sus casi veinte años como Pastor del Opus Dei, el siervo de Dios manifestará esta estrecha unión con María Santísima en toda su tarea pastoral con esa obediencia de la fe y con esa humildad, que será, como diría san Agustín¹⁰, la morada de su caridad con Dios y con el prójimo.

Su *fiat* va ligado a esta vida nueva, que le urge a poner por obra la tarea que san Josemaría resumía en estas palabras: “Conocer a Jesucristo. Hacerlo conocer. Llevarlo a todos los sitios”¹¹. Su labor como Pastor del Opus Dei estará marcada por el celo en realizar este gran servicio: ayudar al encuentro con Jesucristo. Su trabajo en Roma y desde Roma, y sus muchos viajes a países de los cinco continentes –en una catequesis mundial, que alcanzará a millares de personas– iban siempre dirigidos, como aquella carrera de la Virgen a casa de Zacarías, a llevar la luz y la alegría de Jesucristo.

8. Apuntes tomados por el autor.

9. Á. DEL PORTILLO, *Carta Pastoral*, 30-IX-1975, n. 66.

10. Cfr. SAN AGUSTÍN, *De Virginitate*, 51.

11. Anotación de san Josemaría, en *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en ocasión de la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, Postulación General del Opus Dei, Roma 1992, p. 127.

Guardaba todas estas cosas en su corazón (Lc 2, 19. 51)

De san Josemaría aprendió a vivir contemplando el Corazón de la Virgen y a leer en ese Corazón Inmaculado cuanto la Virgen custodiaba y ponderaba: la Palabra y la Vida de su Hijo Jesucristo. Don Álvaro, que diariamente dedicaba un tiempo a leer y meditar el Evangelio, leía la Buena Nueva en y desde el Corazón de María. Miraba a Cristo con los ojos de su Madre. Monseñor del Portillo, hombre de gran fortaleza –que tuvo que afrontar no pocas contrariedades, ayudando fielmente al fundador en épocas duras–, era una persona de gran ternura, que se conmovía por las gracias de Dios, por la ejemplaridad de las personas buenas y, después de la muerte del fundador, se le saltaban las lágrimas cuando oía contar favores obtenidos por su intercesión. La exquisita caridad paterna que experimentaban sus hijas e hijos espirituales se manifestaba también –entre tantos detalles– en la atención que tenía con quienes le hablaban. Esta combinación de amor fuerte y tierno expresa la dimensión mariana de su corazón.

En el trato con Dios, siguiendo fielmente el camino de san Josemaría, tenía prioridad su vida de oración mental y vocal, con el alma puesta en la Palabra y en la Vida de Jesucristo y confiado a la ayuda de la Santísima Virgen. Antes de comenzar y al terminar sus ratos de oración, pedía a la Virgen que intercediera por él.

Era ejemplar su modo de rezar, diariamente, el Santo Rosario. Como san Josemaría, lo consideraba “la gran arma” para el apostolado y un gran camino de contemplación. Con María miraba a Cristo y se sumergía en su Sagrado Corazón. Cuando predicaba siempre hacía referencias a la Virgen, y terminaba sus meditaciones, homilías o charlas, con una invocación a Santa María.

He presenciado cómo cada año, el 15 de agosto, renovaba la consagración del Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, siguiendo el texto escrito por el fundador. Era una solemnidad que celebraba con fervor, encomendando a María Santísima la fidelidad de todas sus hijas e hijos en el servicio a la Iglesia.

Vivía y estimulaba a vivir, con gran devoción, las costumbres marianas que san Josemaría había propuesto a sus hijas e hijos, que forman parte de

la tradición de la Iglesia: desde el rezo diario del Ángelus hasta las miradas a un cuadro de la Virgen al entrar o salir de una habitación; desde una jaculatoria hasta el rezo o canto de antífonas marianas los sábados, o romerías a santuarios de la Virgen en el mes de mayo; el rezo del *Memorare*, pidiendo ayuda a Nuestra Madre; el Escapulario del Carmen; el rezo de tres Avemarías antes de acostarse, etc.

De este modo, don Álvaro, siguiendo a María, disponía su corazón para conservar y ponderar los requerimientos de Cristo. Por esto, le gustaba recordar a sus hijas e hijos unas palabras que san Josemaría dijo el 9 de enero de 1954, y que el siervo de Dios tuvo siempre muy presentes: “si queréis ser muy de Dios, tenéis que ser muy marianos, y así –con Ella– llegaréis a una intimidad muy profunda con cada una de las Personas de la Trinidad Beatísima; y os meteréis –con Dios y con la Virgen– en las almas que tratéis”¹².

Haced lo que Él os diga (*Jn 2, 5*)

La indicación de la Virgen en Caná (“Haced lo que Él os diga”) estuvo bien presente en todo su quehacer pastoral. Como ha explicado Ponce Cuéllar, esas palabras de Santa María “no significan una simple indicación a seguir a su Hijo, sino que van acompañadas de una pedagogía, que introduce, desde su acción materna en la interioridad de la persona bajo la acción del Espíritu Santo, en el profundo sentido del misterio de Cristo”¹³.

Nuestra Señora era para don Álvaro la Madre y Maestra que le enseñó a servir a la Iglesia. Desde que fue elegido sucesor del fundador, puso en manos de la Virgen la fidelidad de sus hijas e hijos, el celo por las almas, el quehacer del Opus Dei en todos los países. De modo particular se acogió a la protección de Santa María para llevar a término una cuestión importante, que recibió como especial encargo del fundador: la configuración jurídica definitiva del Opus Dei, de acuerdo con lo que san Josemaría había dejado

12. Á. DEL PORTILLO, *Carta Pastoral*, 31-V-1987, en *Romana*, III (1987), pp. 5-81.

13. M. PONCE CUÉLLAR, *María Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Barcelona 2001², p. 535.

preparado: era lo que san Josemaría llamaba su “intención especial”, por la que trabajó años y años. Don Álvaro acometió esta tarea desde que comenzó su servicio al frente del Opus Dei. Después de años de oración y de trabajo, el Santo Padre Juan Pablo II erigió el Opus Dei en Prelatura personal, según la figura prevista por el Concilio Vaticano II. No deja de ser significativo que el anuncio de la erección fuera el día en que se celebraba la fiesta de la Medalla Milagrosa: el 27 de noviembre de 1982. Al día siguiente se hizo pública: la Constitución Apostólica *Ut sit* lleva fecha 28 de noviembre de 1982, y el 19 de marzo de 1983 fue ejecutada la Bula Pontificia.

Don Álvaro llevó adelante este trabajo repitiendo la jaculatoria que san Josemaría aconsejó, para pedir la intercesión de la Virgen en este importante asunto: *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!* Durante años utilizó estas palabras para encomendar a Santa María esta intención especial del fundador, y por donde quiera que iba pedía a sus hijas e hijos que acudieran a la Virgen con esa invocación.

Otro asunto que don Álvaro afrontó inmediatamente fue recoger la documentación necesaria para pedir en su día a la Santa Sede la apertura de la Causa de Beatificación del fundador. También puso en manos de la Virgen este trabajo, que llevó adelante con constante perseverancia. Y fue la gran alegría de su vida presenciar la Beatificación del fundador el 17 de mayo de 1992.

Como he recordado, don Álvaro tenía muy metido en su alma el mandato de Nuestra Señora en Caná: “haced lo que Él os diga”, y buscó la intercesión de la Virgen para realizar las cosas que le pedía el Señor, y lo hacía unido a la Virgen y confiando en su auxilio.

El Siervo de Dios decidió proclamar un Año mariano para el Opus Dei en 1978, en que se cumplirían los 50 años de la fundación. Y acudió intensamente a la Virgen y repitió mucho a sus hijas e hijos el meter a Nuestra Señora en todo y para todo. Con monseñor Echevarría, acompañé a don Álvaro en sus visitas a muchos santuarios marianos durante este tiempo: Einsiedeln, Lourdes, Torreciudad, Fátima, Loreto, Pompeya, El Pilar, La Almudena, la Virgen de los Desamparados, Sonsoles, Madonna del Divino Amore, La Mentorella, la Madonna del Buon Consiglio, etc. En Roma, don Álvaro fue a rezar a la Virgen a muchas iglesias, pidiendo

por la Iglesia y por los apostolados del Opus Dei. Desde la Virgen del Socorro y la imagen de Santa María *Mater Ecclesiae*, en la Basílica de San Pedro, a la *Salus Populi Romani* de Santa María la Mayor, hasta muchas otras en pequeñas iglesias. Recuerdo que, sólo en los tres primeros meses de 1978, don Álvaro fue a venerar a la Virgen e implorar su protección a más de 25 iglesias o santuarios. En la ida y vuelta en coche, rezábamos siempre con él el Santo Rosario.

El 6 de agosto de 1978, don Álvaro estaba en Gijón, dedicado a preparar su extensa declaración para la Causa de Beatificación del fundador. Se conmovió al oír la noticia de la muerte de Pablo VI –que le había recibido en audiencia el 16 de junio– y decidió ir al santuario de Covadonga, para rezar a la Virgen por el alma del Santo Padre y por el futuro Papa. Días después volvió a Roma. Y vivió, con una gran dedicación mariana, esos meses de agosto hasta octubre, con la elección del Papa Juan Pablo I, su muerte, la elección de Juan Pablo II y el 50º aniversario de la fundación del Opus Dei (2 de octubre de 1978). Fueron semanas de intensa petición a la Virgen por los Papas y por la Iglesia. De octubre a noviembre de 1978 volvió a visitar muchos santuarios marianos de Europa, pidiendo por el nuevo Papa y por las necesidades de la Iglesia. Recuerdo que, con monseñor Echevarría, acompañé a don Álvaro a Maria Zell, Maria Pötsch y Kahleberg, en Austria; Altötting, Maria Laach, Neviges, Mailander Madonna y Kevelaer en Alemania; Haarlem, Perpetuo Socorro y Stella Maris (Maastricht) en Holanda; Tongerem, Santa Catalina, Regina Pacis, Alseberg, Notre Dame de Halle, en Bélgica; Chartres, Notre Dame de Versailles, La Medalla Milagrosa (Rue du Bac), Notre Dame de París, en Francia; Virgen de Loreto en Lugano (Suiza). Llegado a Roma, don Álvaro siguió visitando lugares marianos, pidiendo por el Romano Pontífice, por la Iglesia y por la “intención especial” del fundador (la erección del Opus Dei en Prelatura).

Sus viajes a los distintos países iban siempre acompañados de visitas a lugares marianos. Recuerdo su emoción cuando, en el verano de 1979, acudió a rezar ante la Virgen de Czestochowa. En aquel santuario renovó la Consagración del Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, y pidió especialmente la ayuda de nuestra Madre para el Papa y para los países que aún estaban bajo regímenes marxistas.

En esos años, el siervo de Dios se ocupaba intensamente en los trabajos relativos a la erección del Opus Dei en Prelatura personal. Recuerdo que el 12 de mayo de 1979 nos dijo que, en cuanto el Santo Padre aprobara la solución jurídica definitiva de la Obra, acudiría a México para dar gracias a la Virgen de Guadalupe porque, ante esa imagen, el fundador, en 1970, había hecho una novena de oración buscando el amparo de Nuestra Señora, y, entre sus intenciones, estaba precisamente la configuración canónica adecuada a la naturaleza del Opus Dei. Por esto, en cuanto fue ejecutada la Bula Pontificia *Ut sit*, de erección de la Prelatura (19 de marzo de 1979), don Álvaro salió para América: era el 25 de abril. Pasó por Canadá y, desde allí, fue a México, donde estuvo desde el 27 de abril hasta el 27 de mayo. El 28, por la mañana, fue a rezar a la Virgen de Guadalupe. Y el día siguiente comenzó su deseada novena. Le acompañábamos monseñor Echevarría, cuatro fieles del Opus Dei y yo.

Acudimos diariamente a la basílica, donde rezábamos tres partes del Rosario, intercaladas con palabras de cariño que don Álvaro, en voz alta, dirigía a la Virgen.



Don Álvaro del Portillo besa la imagen de la Virgen de Guadalupe. 6 de mayo de 1979.



Don Javier Echevarría –actual Prelado del Opus Dei–, don Álvaro del Portillo y don Rafael Fiol –vicario de la región de México– rezan ante la imagen de la Virgen.

El primer día le dijo que se presentaba ante Ella con las manos vacías de méritos propios, pero llenas de los deseos de santidad de sus hijas y de sus hijos del Opus Dei y que le pedía la fidelidad de todas y de todos. Repetía mucho la jaculatoria: *Cor Mariae Dulcissimum, iter serva tutum!*, para que conservara libre de obstáculos el camino que el Señor había concedido a la Obra. El 6 de mayo, penúltimo de la novena, don Álvaro tuvo la gran alegría de pasar a última hora de la tarde –por invitación del abad de la basílica– al pequeño camarín donde se custodia por las noches el cuadro de la Virgen de Guadalupe y poder besarlo. Estaba muy emocionado. Recuerdo un detalle que manifiesta su humildad. Rezamos allí una parte

del Rosario con las letanías. Después, quiso besar la imagen. Y besó sus pies y sus manos, considerándose indigno de besar su cara. Monseñor Echevarría, con delicadeza, le recordó que era su Madre; y entonces don Álvaro se atrevió a besar también las mejillas. Así lo hicimos también los que le acompañábamos.

Viajó también a Guadalajara y a Monterrey, y en esas ciudades acudió a ganar las indulgencias jubilares a la basílica de Nuestra Señora de Zapopan (Guadalajara) y al santuario de Nuestra Señora del Roble (Monterrey). Transcurrió varios días allí y en otras ciudades de México, y volvió a la basílica de Guadalupe el 21 de mayo. El día 22, por la noche, se despidió de la Virgen. Era el Domingo de Pentecostés. A la mañana siguiente, temprano, salimos para Guatemala y para Colombia. En los dos países, don Álvaro acudió a rezar ante la Virgen: a la basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Guatemala y al santuario de Chiquinquirá en Bogotá.

La vuelta a Europa preveía una breve etapa en Nueva York, del 2 al 6 de junio, y también allí, además de visitar la catedral, fue a rezar al santuario de María Auxiliadora en Haverstraw. El 6 hicimos escala en París, porque deseaba ir a rezar a la Medalla Milagrosa, para agradecer de nuevo su ayuda a la Virgen. Llegó a Roma el 8 de junio.

Todos los viajes pastorales de don Álvaro eran un gran servicio a sus hijas e hijos. A la vez, su celo apostólico le llevaba a recibir a millares de personas en reuniones de catequesis, donde respondía a las preguntas dirigidas por los participantes: eran personas de toda clase y condición, que frecuentaban los medios de formación espiritual del Opus Dei. Esos encuentros estaban siempre llenos de esta dimensión mariana que contagiaba a quienes trataba. El siervo de Dios ponía en las manos de la Virgen los frutos de estos viajes pastorales, porque bien experimentado tenía que nuestra Madre es la gran auxiliadora de los cristianos y el gran ejemplo para servir a Dios y a la Iglesia.

En 1987 realizó viajes pastorales a muchos países del lejano oriente (Singapur, Australia, Filipinas, Hong Kong, Macao, Cantón, Taiwan, Corea, Japón) y en 1988 volvió a América: Nueva York, Puerto Rico, Florida, Houston, y, desde allí, a México. Era Año mariano para toda la Iglesia. Monseñor del Portillo volvió a estar horas y horas rezando ante la imagen de la Virgen de Guadalupe. En todos estos sitios, y después en

California, don Álvaro hablaba con profundidad y amor del papel que la Santísima Virgen ocupa en la vida del cristiano.

En 1989 viajó a varios países africanos (Kenya, Congo, Camerún, Costa de Marfil, Nigeria). Siempre encomendaba el fruto apostólico de su catequesis a la intercesión de Santa María, a la que visitaba en santuarios o iglesias dedicadas a la Madre de Dios. Todos estos viajes los realizaba como un deber de su labor pastoral, de acuerdo con el espíritu del fundador.

Junto a la cruz de Jesús (*Jn* 19, 25)

Escribía san Josemaría en *Camino*, n. 507:

“¡Qué humildad la de mi Madre Santa María! –No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni –fuera de las primicias de Caná– a la hora de los grandes milagros.

–Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, “*juxta crucem Jesu*” –junto a la cruz de Jesús, su Madre”.

El fundador del Opus Dei deseaba acompañar a la Madre de Cristo y Madre nuestra *iuxta crucem Iesu*, admirando la humildad y –como expone en el siguiente punto de *Camino*– la fortaleza de Santa María. Don Álvaro asumió esta aspiración en sus años junto a san Josemaría y buscó en el auxilio de la Madre de Cristo la fortaleza ante las adversidades que todo cristiano empeñado en llevar al mundo la luz de Cristo ha de sufrir como “signo de contradicción” (*Lc* 2, 34). Se puede decir que todo cristiano coherente deberá recorrer, de algún modo, el mismo camino que Simeón anunció a Santa María cuando acudió al Templo de Jerusalén a presentar a su Hijo ante Dios: “una espada traspasará tu alma” (*Lc* 2, 35).

Don Álvaro, fiel hijo de Santa María, encontró el dolor –físico o moral– muy a menudo, a lo largo de toda su vida, y supo aceptarlo con el amor, la humildad y la fortaleza de su Madre Santísima. Un dolor que no produce tristeza, porque se reconoce como el modo de incorporar a la propia vida el amor redentor de Cristo, que se dejó crucificar por nuestra salvación.

Monseñor del Portillo asumió el sufrimiento, o los dolores físicos, con la certeza –propia del cristiano– de que unidos a la Cruz de Cristo, ayudaban

a salvar almas. Y buscaba la fortaleza en la Santísima Virgen, como aprendió de san Josemaría. El *omnia in bonum*, que el fundador del Opus Dei repitió tanto a lo largo de su vida, estaba firmemente anclado en el corazón de don Álvaro, convencido de que nuestro Padre Dios no puede enviar nada a sus hijos que no sea para bien, y que la Virgen le ayudaría a descubrir el amor divino en todos los sucesos dolorosos o negativos.

No puedo olvidar las últimas jornadas de don Álvaro. Acababa de cumplir ochenta años (11 de marzo de 1994) y tres días después salió para Tierra Santa, donde estaría hasta la tarde del 22 de marzo. Llegó a Roma por la noche. Y en la madrugada del 23 entregaba su alma al Señor. Con él viajamos monseñor Javier Echevarría, el Dr. José María Araquistáin y yo. En aquellas jornadas, aunque padecía algunas molestias físicas, experimentó una gran paz, en continua meditación del Evangelio, con una gran emoción por recorrer la tierra que Jesús pisó con sus sagrados pies, donde predicó la Buena Nueva y bendijo a los hombres con tantos milagros. Celebró la primera Misa en Nazareth, en el altar de la basílica de la Anunciación. Pronunció una homilía conmovido, comentando las palabras grabadas en el altar de la gruta: *Hic Verbum caro factum est*.

El día 17 de marzo, en Jerusalén, nos pidió que fuéramos a hacer oración en la Basílica del Santo Sepulcro. Don Álvaro, lleno de emoción, se arrodilló y colocó su frente sobre la piedra del Santo Sepulcro. Fue un rato de prolongado silencio, absorto en el Misterio de la Muerte y Resurrección del Señor. Pasó a visitar el Calvario y, a pesar de sus años y dificultades físicas, se arrodilló y echó adelante su cabeza, para besar y poner las manos en el agujero donde, según la tradición, estuvo clavada la Cruz de Jesucristo.

Ese mismo día, escribió varias postales, para mandar un recuerdo desde Tierra Santa a sus hijas e hijos de Roma y a algunas personas de la Santa Sede. Mi sorpresa fue que al día siguiente de llegar a Roma, cuando ya el Señor había llamado a don Álvaro a la vida eterna, me di cuenta de que se me había quedado en la cartera, sin echar al correo, una de aquellas postales: precisamente la dirigida a monseñor Stanislaw Dziwisz, para que hiciera llegar al Santo Padre su constante recuerdo y oraciones desde Jerusalén. La leí y me quedé conmovido: don Álvaro pedía a don Stanislaw que transmitiera al Papa el deseo suyo de ser (lo escribió en plural, porque

quiso que la firmáramos también monseñor Echevarría y yo) *fideles usque ad mortem*. Fotocopié el texto, antes de mandar la postal a don Stanislaw. Fueron las últimas palabras que dirigió al Santo Padre. Como es sabido, el Papa tuvo la gran caridad de ir por la tarde del 23 de marzo a la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz, para rezar ante los restos del siervo de Dios. Allí, después de orar en silencio, rezó una “Salve” a la Santísima Virgen, y todos los presentes nos unimos a la oración mariana del Papa, como estaría haciéndolo don Álvaro desde el Cielo.

Sancta María Mater Ecclesiae

Desde hace más de treinta años, el Istituto per la Cooperazione Universitaria organiza una reunión internacional para estudiantes, en Roma, durante la Semana Santa. Es el Congreso UNIV, en el que participan estudiantes de muchos países, para tratar algún tema de actualidad. En esas jornadas, ha tenido siempre lugar una audiencia con el Santo Padre, ya desde el Pontificado de Pablo VI. Juan Pablo II recibió a los congresistas todos los años de su pontificado, excepto el lunes santo de 2005, porque estaba ya muy grave, y mandó un mensaje que leyó monseñor Sandri.

En 1980, un universitario del Opus Dei, que estaba en la audiencia concedida al UNIV, comentó al Santo Padre que en la plaza de San Pedro había muchas imágenes de santos pero ninguna de la Virgen; que habría que poner alguna. El Papa le respondió: “Molto bene, molto bene!”.

Contaron esta anécdota a don Álvaro y encargó enseguida al arquitecto Javier Cotelo que pensara dónde se podría colocar una imagen de la Virgen, que se viera bien desde la plaza de San Pedro, de manera que atrajera las miradas de todos los cristianos que acuden a Roma *videre Petrum*: para ver al Papa. Hizo un proyecto, para disponer un mosaico de la imagen *Mater Ecclesiae*, que está dentro de la basílica, en un lugar bien visible desde la Plaza: una esquina del Palacio Apostólico. Al Papa le gustó mucho la idea, e indicó que se llevara a cabo. El 8 de diciembre de 1981, en el rezo del Ángelus, el Papa, desde la ventana de su despacho, bendijo la imagen, tan a la vista desde la plaza de San Pedro.

En aquella ocasión, el Papa comentó:



Mater Ecclesiae en la plaza de San Pedro.

“Nella cornice di questa Piazza stupenda mancava un’immagine che richiamasse anche visibilmente la presenza di Colei che la Chiesa, edotta dallo Spirito Santo, con affetto di pietà filiale venera come Madre amantissima (*Lumen gentium*, 53). Sono lieto di inaugurare, nella Solennità dell’Immacolata Concezione della Beata Vergine Maria, questa testimonianza del nostro amore e della nostra devozione... Benedirò ora l’immagine della Madonna Madre della Chiesa, esprimendo l’auspicio che quanti verranno in questa Piazza di San Pietro levino verso di Lei lo sguardo, per rivolgerle, con sentimento di filiale confidenza il proprio saluto e la propria preghiera”¹⁴.

Para don Álvaro, esta decisión del Papa supuso una enorme y conmovedora alegría. También, por la delicadeza del Santo Padre, que lo invitó dos días después a concelebrar en su capilla privada y a desayunar con él. Juan Pablo II expresó su satisfacción por haber colocado la imagen de la Virgen *Mater Ecclesiae* en aquel lugar. Y más tarde le haría llegar, como agradecido recuerdo, el gran cartón donde se dibujó la imagen para preparar el mosaico.

La filiación mariana de don Álvaro era parte esencial de su vida cristiana y se sintió constantemente impulsado a comunicar el amor a María Santísima y el afán de identificarse con su total entrega. Hasta el final de sus días vivió como hijo pequeño de la Madre de Jesucristo y fomentaba en sus hijas, en sus hijos y en quienes le trataban, esta dimensión de la vida de todo cristiano que desee identificarse con Jesucristo.

Monseñor del Portillo fue muy sensible ante las necesidades de la Iglesia. Y le hemos visto recorrer este mundo pregonando a tantísimos cristianos que María es la Madre que puede remediar todas las necesidades de la Iglesia y del cristiano. En las manos de la Virgen puso toda su tarea pastoral como Pastor y Obispo, sintiéndose llamado a acogerla como la acogió san Juan, y como la acogió la primera comunidad cristiana, esperando la llegada del Espíritu Santo, unidos en la oración con María Santísima (cfr. *Hcb* 1, 14).

14. “L’Osservatore Romano”, 9-XII-1981. Como es sabido, el Santo Padre Pablo VI, en el discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre 1964) nombró solemnemente a la Virgen María *Mater Ecclesiae*. Así la había llamado en dos ocasiones durante el Concilio. Ya otros Papas habían dado este título a la Virgen: Benedicto XIV, León XIII, Juan XXIII (cfr. M. PONCE CUÉLLAR, *o. c.* en nota 13, pp. 483-487).

En don Álvaro estaban bien grabadas unas palabras que san Josemaría repitió a lo largo de su vida, e inculcó en sus hijas e hijos. Era como un programa de vida cristiana: *Omnes cum Petro ad Jesum per Mariam!* La dimensión mariana de la vida de don Álvaro estaba pues íntimamente ligada a la estrecha unión con Pedro y con toda la Iglesia “que no es otra cosa que la familia de Dios”¹⁵, sin que los aspectos organizativos, institucionales, asociativos, o la diversidad de carismas, empañen este aspecto fundamental de la Esposa de Cristo, donde todos los cristianos, hijos de Dios e hijos de María, se saben y aman como hermanos.

No quisiera terminar estas líneas sobre la dimensión mariana de la vida de don Álvaro sin hacer referencia a un punto bien conocido de *Camino*, donde san Josemaría escribe sencillamente: “A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María”¹⁶.

Quien ha conocido a don Álvaro no sólo le ha oído repetir esta convicción, sino que se ha dado cuenta de cómo en su vida cotidiana buscaba a Cristo por este camino que es Santa María. Un detalle concreto es la fe y el amor con que rezaba el Santo Rosario, en el que veía la gran arma para servir a Dios, con María y como María. Esta meditación diaria de los Misterios de la Vida de Cristo y de María, invocando a Nuestra Madre, le llevaba a vivir un *fiat* perseverante, con la mente y el corazón puestos en la Palabra y en la Vida de Jesucristo, para estar con Ella *iuxta Crucem Iesu* y con Ella recibir, en la Iglesia, el Espíritu Santo.

Mons. Joaquín ALONSO

ROMA

15. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.655. Cfr. también nn. 542, 759, 804, 815, 854, 959, 1.632, 2.233.

16. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 495.